

RÍO DE JANEIRO

LA CIUDAD AÑORADA DE COELHO

Hay mil maneras de visitar un lugar mundialmente conocido. Pero si se trata de Río de Janeiro, lo mejor es recorrerlo de la mano de alguien que ama la tierra donde nació y ha escrito sobre ella. El escritor brasileño Paulo Coelho nos lleva del brazo por esta ciudad maravillosa

TEXTO MARÍA ASUNCIÓN GUARDIA | FOTOGRAFÍAS ANDRES MAGAI

Desde lo alto del mirador del Cristo Redentor se disfruta de una panorámica espectacular de la ciudad de Río de Janeiro





ARRIBA Desde la mesa de trabajo de Coelho se divisa la mejor panorámica de la playa de Copacabana. Le gusta escribir mirando al mar

“Yo nací en Río de Janeiro, en la Casa de Salud São José”, confiesa Paulo Coelho, el autor brasileño cuyos libros nos estimulan la capacidad de soñar y el deseo de buscar. Sus lectores se cuentan por millones desde que, en *El alquimista*, proclamó este credo: “Cuando quieres una cosa, todo el universo conspira para ayudarte a conseguirla”.

Río de Janeiro es la segunda ciudad más poblada de Brasil, la de mayor tráfico internacional de turismo, el segundo destino preferido de América Latina y el primero de todo el hemisferio sur. Muchos que la hayan conocido, sin embargo, no podrán sustraerse de verla bajo otra luz. Por ejemplo, la luz de Coelho, uno de los autores más leídos, con más de 115 millones de libros vendidos en más de 168 países, y traducido a 71 idiomas distintos.

LEJOS DE AQUÍ

Coelho tiene una casa desde la que se divisa la mejor vista de la playa de Copacabana. Sé que ahora no está allí, porque pasa la mayor parte del tiempo viajando por el mundo y tiene fijada en Ginebra su residencia europea.

La última vez que le vi fue en su casa del sur de Francia, en un molino de Saint-Martin, cerca de Tarbes. Iba a entrevistarle a raíz de la publicación de su libro *Once minutos*—la duración estimada del acto sexual, cálculo que algunos, entre risas, incluso consideran demasiado generoso—. Era una casa maravillosa, abierta a un amplio jardín y llena de obras de arte de su esposa, Christina Oiticica. Nos habíamos conocido en Barcelona, cuando escribió *A la orilla del río Piedra me senté y lloré*, y desde esa primera conversación se produjo la magia, esa chispa que a veces te hace conectar con alguien como si siempre le hubieras conocido. Ahora ya no concede entrevistas ni habla con periodistas—no le quedaría tiempo para hacer otra cosa—, pero sé que, de su mano, y a través de sus libros, seré capaz de recorrer los rincones más amados de la ciudad donde Coelho nació en 1947.

LOCO ALQUIMISTA QUE CONVIERTE LIBROS EN ORO

Después de una noche sin dormir, encajonada con casi 500 personas en un 747, en lo único que piensas es en alcanzar la posición horizontal. Pero la habitación no

está disponible y has de lanzarte a la calle sin perder un minuto.

Belina Antunes es la directora del Instituto Coelho de Río. Situada en el número 749 de la avenida de Copacabana, el centro, fundado en el año 1996 por Paulo Coelho, contiene toda la obra, los premios y los recuerdos del escritor, a la vez que canaliza ayudas destinadas a los miembros menos privilegiados de la sociedad brasileña, especialmente niños y ancianos. Belina abre la puerta sonriendo y nos deja curiosear entre estanterías y vitrinas llenas de reconocimientos: mensajero de la Paz de la ONU, consejero de la UNESCO, varios récords Guinness... En una mesa están, aún sin catalogar, los últimos libros suyos publicados en serbio y en quechua.

Un armario exhibe juegos de niños inventados por él. Recuerdo la impresión que me produjo cuando me contó que, de joven, le tomaron por loco y su padre, muy estricto, le encerró en un manicomio, donde le sometieron a electrochoques. Ahora pienso que tal vez haya que tener un punto de locura para hacer soñar a los demás, triunfar en la literatura y convertirse en el alquimista capaz de transformar libros en oro.



EN EL SENTIDO DE LAS AGUJAS DEL RELOJ El Instituto Paulo Coelho de Río es un gran escaparate de premios y trofeos del escritor. Detalle de la Concha del Peregrino que le otorgó Galicia por haber escrito tan bellas páginas del Camino de Santiago. Belina Antunes, directora del Instituto, muestra las estanterías con las últimas traducciones de sus obras. La casa del escritor está decorada con esculturas de su esposa, Christina Oiticica. La pedagoga Yolanda Maltarolli sube y baja cada día las empinadas escaleras que llevan al Solar Meninos de Luz, donde se educa a 400 niños con aportaciones de derechos de autor. Edificio Petit Trianon, sede de la Academia Brasileña de las Letras. La cruz azul es una de las más altas distinciones otorgadas al escritor por su país





DE IZQUIERDA A DERECHA Las calles de la capital brasileña son un mundo abigarrado de color. Taxis amarillos tratan de abrirse paso entre el intenso tráfico. La cafetería Colombo es una parada obligada para degustar el mejor café brasileño

Sin embargo, el camino no ha sido fácil. Los intelectuales y la crítica en general le han dado la espalda y con cada triunfo suele aumentar su desprecio. Por eso, una fecha importante para Coelho fue cuando, en 2002, le eligieron para ocupar el sillón número 21 de la prestigiosa Academia Brasileña de Letras (ABL).

Situada en la avenida Presidente Wilson, número 203, la Academia se ubica en un palacete regio, modelo Petit Trianon, con monumentos a los grandes autores brasileños, un importante acervo bibliográfico y museístico, muebles de época, esculturas y cuadros de grandes pintores, que contrasta con el edificio adosado, el Palácio Austregésilo de Athayde, un centro ultramoderno, de cristal, para la promoción de la cultura, donde se desarrollan las actividades de la ABL. Allí está la biblioteca y se celebran las exposiciones, como la dedicada actualmente al poeta y compositor Vinicius de Moraes (*academia.org.br*).

Coelho entró a formar parte de la Academia al año siguiente de morir Jorge Amado, uno de los más grandes escritores brasileños, quien, en su primera novela, publicada a los 18 años, *El país del carnaval*, nos decía que en Brasil “todo acaba en fiesta”. Amado fue un autor admirado por muchos y, entre ellos, el último Nobel de Literatura, Mario Vargas Llosa, quien considera que uno de los mayores encantos de la obra de Amado es “el hecho de que todas las desventuras del mundo no bastan para torcer el deseo de supervivencia, la alegría de vivir, el ingenio juguetón para superar el infortunio”. Algo que describe perfectamente este país.

La avenida Atlántica discurre a lo largo de la playa de Copacabana, una de las más famosas del mundo. En este emplazamiento privilegiado se levanta un edificio amarillo con amplias balconadas de columnas blancas, distinto a todos. La novena planta se distingue, además, porque está acristalada: a Coelho le gusta escribir mirando al mar. Tomo el viejo ascensor renqueante, llamo y, en seguida, una mujer menuda me abre la puerta. Es la madre de Christina, la suegra de Coelho, y me invita a pasar.

Me cuenta que ahora viajan mucho y ella se encarga de conservar la

vivienda, un amplísimo y elegante loft de casi 500 metros cuadrados inundado de luz. Una claridad que deslumbra y se extiende hasta el último rincón de este espacio sin tabiques, en el que destacan una inmensa cama próxima a un jacuzzi y la mesa de trabajo del escritor, en la parte que da sobre la playa. Hay una foto de Coelho con Christina. Me cuenta que se conocen desde niños, que no han tenido hijos y que siguen juntos porque, ya se sabe, “los hijos atan, pero no unen”.

Hay esculturas de torsos femeninos desnudos como única división entre la mesa de trabajo y el amplio comedor. Son obras de Oiticica, esparcidas por toda la estancia. La calma es inmensa. Paula ha dejado la mecedora donde teje un delicado encaje para guiarme por la casa vacía. Junto al inacabable sofá, descansan unas flechas y un arco, el deporte favorito del escritor. Hay un piano de cola y, en una esquina, una vieja máquina de coser. En la cocina, Paula nos ofrece el mejor zumo de piña que haya probado y lo saboreamos observando la gente que, a todas horas, día y noche, anima de vida de Copacabana.

LA ÚLTIMA BODA DE NIEMEYER

Sólo dos o tres casas más allá, en el número 3940 de la misma avenida

A TRAVÉS DE SU INSTITUTO, COELHO SE HA VOLCADO EN EL PROYECTO DEL SOLAR MENINOS DE LUZ, ACTIVO DESDE 1991

Atlántica, está Ypiranga, un edificio emblemático curvo del gran arquitecto brasileño Oscar Niemeyer. En él tiene instalado el estudio y, a sus 102 años, sigue trabajando junto a sus colaboradores. El discípulo de Le Corbusier vive con su nueva esposa en Ipanema. Cuentan que cuando se casó con ella, ¡a los 99!, el genio divirtió a sus allegados con un “quizá ésta sea mi última boda”, una expresión muy propia de quien se declara “enamorado de la curva libre y sensual, la curva que encuentro en las montañas de mi país, en el curso sinuoso de los ríos, en las olas del mar y en el

cuerpo de mi mujer preferida”.

Justo detrás de las casas de Coelho y Niemeyer, hacia lo alto de la montaña, hay una historia muy ligada al escritor que pocos conocen. Fue un año que llovió mucho y un corrimiento de tierras se llevó por delante a varias viviendas humildes y la vida de muchos de sus moradores. En medio de tanto dolor y desolación, ¿qué hacer? La pedagoga Yolanda Maltarolli lo tuvo claro: levantarse y empezar a construir un nuevo complejo para atender a niños, ancianos y familias destruidas. Pidió ayuda a Coelho, quien, a través de su Instituto, se volcó en el proyecto del Solar Meninos de Luz, abierto en 1991, en Lar Paulo de Tarso.

Hay que trepar por las calles empinadas hasta llegar a esos edificios, pintados de color verde loro, donde más de 400 menores, desde la cuna hasta los 18 años, tienen asegurado todo lo que necesitan para crecer: comida, cariño y educación.

A un lado y otro de la calle, el ruido de la chiquillería advierte que ahí dentro pasa algo extraordinario. Los niños están distribuidos por edades, desde los tres meses —la guardería— hasta las aulas de enseñanza reglada, las salas de informática, el

DE IZQUIERDA A DERECHA La belleza se concentra en la playa de Ipanema. El Teatro Municipal de Río está inspirado en la Ópera de París. La música en vivo es una constante en la noche carioca, e invita a bailar al ritmo de samba y bossa nova

laboratorio, la galería de arte, el auditorio, el teatro, el centro médico y los campos de deportes. Huele a comida. Cuando se cruzan con Yolanda, los niños, espontáneamente, la abrazan.

Tal como nos cuenta la pedagoga, a cada niño se le encausa según sus aptitudes. Pronto se verán los resultados: las primeras promociones de Meninos de Luz van a celebrar una reunión de ex alumnos. Quién sabe si, gracias a la obra impulsada por Yolanda, con la ayuda de Coelho, médicos solidarios y muchas manos anónimas, algunos de esos jóvenes se conviertan en futuros dirigentes del país.

LA VIEJA Y LA PROSTITUTA

La luz, siempre la luz. En su casa, en sus libros, en su obra social siempre asoma esta palabra. En *El guerrero de luz*, Coelho escribe: “Mi corazón está completamente vacío ahora, mientras contemplo la playa de Copacabana. Lo único



LOS TURISTAS ACUDEN AL ESTADIO DE MARACANÁ A FOTOGRAFIARSE ENTRE LAS PISADAS DE LOS GRANDES DEL BALÓN

IZQUIERDA Una terraza en la playa de Ipanema **DERECHA** Aunque esté cerrado, la peregrinación de los turistas está garantizada. Vista desde el Corcovado del estadio de Maracanã, la catedral del fútbol, que está en proceso de reformas para albergar el Mundial de 2014 y los Juegos de 2016



que logro ver es mi tierra, el océano, escuchar de nuevo a la gente hablando en portugués, alegrarme por pisar el suelo sobre el que nació, y al mismo tiempo dejarme llevar por esta sensación misteriosa de ser un extraño para mí mismo. ¿Eso es malo? Yo respondo: eso es estupendo. Únicamente los corazones vacíos pueden llenarse de cosas nuevas”.

Rebusco entre los libros de Coelho y no abundan las referencias a su ciudad. Suelen girar siempre entorno a lo que se ve desde su casa de Copacabana. En *El vencedor está solo* describe la escena cotidiana de una vieja en la avenida Atlántica, con un violín y un cartel escrito a mano, donde torpemente había garabateado *Vamos a cantar juntos*. Empieza a tocar. Después llega un borracho y otra viejecita y se ponen a cantar con ella. Al cabo de poco, una pequeña multitud canta y otra hace de público y aplaude. “¿Por qué hace esto?”, le pregunta Coelho. “Para no quedarme sola”, responde ella.

En su obra *Once minutos*, localiza también en esta playa legendaria a su protagonista, María, la prostituta que, tras viajar cuarenta y ocho horas en autobús, se hospeda en un hotel de quinta categoría —“¡Ah, Copacabana! Esa playa, ese cielo”— e incluso antes de deshacer las maletas que la acompañan coge un bikini y, aun con el cielo nublado, se sumerge en el océano.

Si Coelho nos acompañara hoy en este recorrido por su maravillosa ciudad, la encontraría muy cambiada. Me gustaría decirle que está como nunca, mientras se prepara para ser sede del Mundial de Fútbol de 2014 y las Olimpiadas de 2016, que ganó frente a Madrid. Los dos acontecimientos están propiciando importantes reformas. Este 2011 también se van a celebrar los V Juegos Militares, una especie de Olimpiadas que miembros de este colectivo celebran por la paz, en las que participan 110 naciones y unos 7.500 atletas de todo el mundo.

La piqueta ya ha empezado a trabajar en el estadio de Maracanã, la catedral del fútbol mundial, que se ampliará y se limpiará la cara para los acontecimientos que se avecinan. Ahora ya no se puede entrar, pero los turistas siguen acudiendo en peregrinación a fotografiarse entre las pisadas de los grandes de la historia del balón que hay en la entrada, a modo de bulevar de la fama, y a comprarse una camiseta de la selección.

La otra catedral, donde el Papa Juan Pablo II ofició una misa en una de sus visitas más multitudinarias, es una modernísima mole de forma



LA PLAYA ES EL
ESCAPARATE DE
LA VIDA, QUE EN RÍO
TIENE EL MÁS BELLO
TELÓN DE FONDO

Pararse y mirar es lo que hace todo el mundo en la elegante Ipanema o la populosa Copacabana, un espectáculo a todas las horas del día y de la noche. Siempre hay alguien haciendo deporte, jugando un partido o luciendo palmito. Se compra y se vende: un globo, un coco, un balón...

IZQUIERDA Al Pan de Azúcar se sube en dos tramos de teleférico, que permiten tomar imágenes del perfil más famoso de la ciudad DERECHA A todas horas, los turistas rodean la imagen del Cristo Redentor en lo alto del monte Corcovado



cónica, como una pirámide azteca, que destaca en la vista panorámica del centro financiero de la ciudad, cerca del barrio de Lapa.

El Sambódromo también está cerrado por obras, porque allí se celebrarán algunas pruebas olímpicas. Será la ocasión de ampliar su aforo, que doblará su capacidad hasta casi 140.000 espectadores. Impresiona asomarse a las vallas que impiden la entrada y verlo ahora así, completamente vacío. Hay que cerrar los ojos para imaginar cómo será este recinto durante los cuatro días del carnaval más célebre del mundo: con las escuelas preparándose para desfilan, la música a tope, las fantasías desbocadas, el público vociferante contagiando alegría por doquier y cuarenta jueces listos para puntuar.

EL DESGARRO

Cuando el mapa del mundo no era como lo conocemos ahora, Brasil estaba unido a África. Resulta fácil

encajar la punta que sobresale del país más grande de Suramérica en el hueco que queda más o menos a la altura de Nigeria. Desde que se desgajó, pasaron muchos siglos hasta que la negritud volvió a hermanarse con los esclavos que eran traídos de las costas africanas por los conquistadores portugueses, holandeses y franceses, ávidos de las riquezas del nuevo continente.

El día de Año Nuevo de 1502, el navegante portugués Gaspar de Lemos entró en barco en la bahía de Guanabara, en la costa brasileña. En aquella época, las bahías se llamaban *ríos*, por ello la bautizó como Río de Janeiro –es decir, ‘río de enero’–, un lugar estratégico para el tránsito de buques entre Brasil, las colonias de África y Europa. La ciudad fue fundada el 1 de marzo de 1565 por el militar Estácio de Sá.

Pero si hay una etapa de la que los brasileños se sienten orgullosos, es

de su periodo imperial. Río fue la única ciudad del mundo convertida en imperio europeo fuera de Europa.

Entre 1808 y 1815 fue la capital de facto del reino de Portugal y, tras la independencia, la ciudad se convirtió en la capital del Imperio del Brasil. Cuando el príncipe Pedro I proclamó la independencia de Brasil, en 1822, decidió mantener a Río de Janeiro como capital de su nuevo imperio.

Río es bello hasta de perfil. Un perfil fácilmente identificable. Basta mostrar tres imágenes de la ciudad para que incluso los que odian viajar lo reconozcan. Uno de ellos es el Cristo Redentor, una de las siete maravillas del mundo moderno, situado en lo alto del Corcovado. Se trata de una imagen de 38 metros de altura con los brazos abiertos, como esperando que todo el mundo se ponga a trabajar para

empezar a aplaudir. Para verlo de cerca hay que elegir un día despejado y tomar el tren rojo que sube a la cima. Si las nubes no empañan la visión, podréis ver una de las estampas más inmortalizadas de la ciudad.

Otro referente es el Bondinho del Pao de Açúcar (Pan de Azúcar), el monte de forma cónica como el manjar que le da nombre. Está dotado de un teleférico espectacular, el primero instalado en Brasil y el tercero del mundo –inaugurado en 1912–, que ha transportado a 31 millones de turistas ansiosos de contemplar desde allí las vistas más idílicas y cambiantes desde el amanecer hasta la puesta de sol.

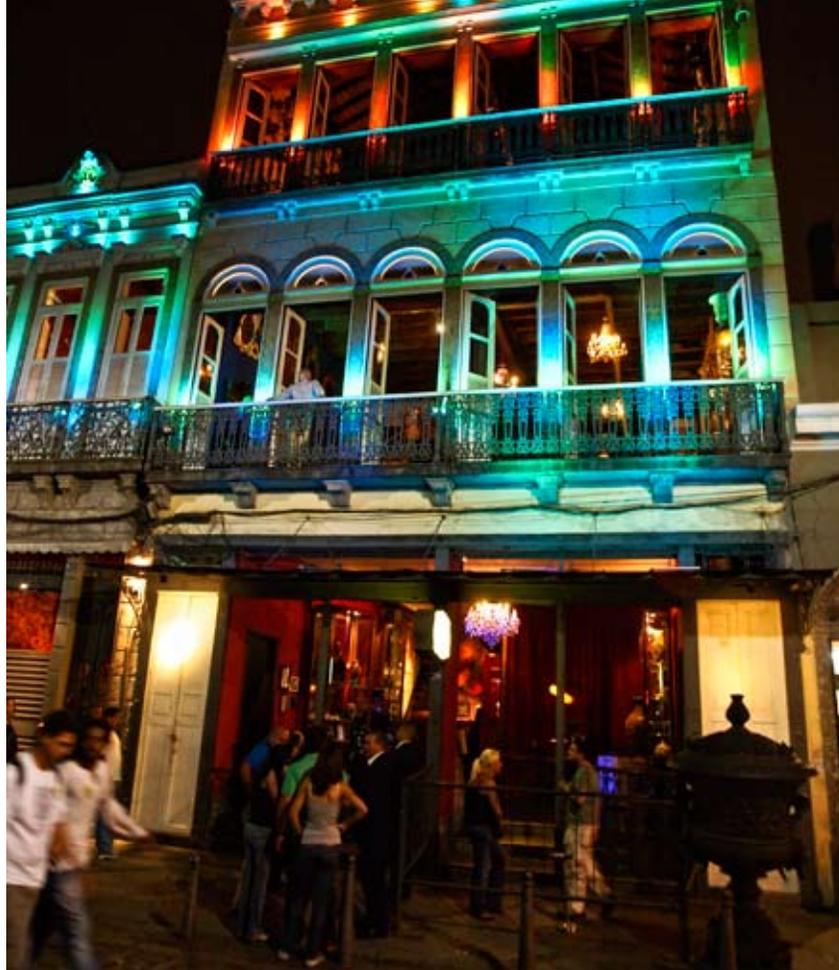
Y, cómo no, las inmensas e interminables playas donde los ojos se deleitan con la más alta concentración de bellezas por metro cuadrado. En Ipanema hay canchas de fútbol donde siempre se disputa un partido, se juega al voley o se hace gimnasia. Copacabana es aún más larga y más

ancha, y está llena de chiringuitos, de tangas impresionantes y de *garimpos* que buscan con sus rastrillos objetos enterrados en la arena. Cabe tanta gente en esa playa que se calcula en casi dos millones el público que se concentró en ella para ver en directo el concierto de los Rolling Stones del 18 de febrero de 2006. Hubo que construir una pasarela especial para que los músicos cruzaran desde el Hotel Copacabana Palace hasta el escenario. La fiesta de Fin de Año sobre la arena retransmite al frío hemisferio norte el contraste con las cálidas imágenes de su ambiente playero. En Nochevieja, cerca de dos millones de personas de todas partes del mundo se reúnen en la playa de Copacabana para recibir el Año Nuevo, mientras ven los fuegos artificiales espectaculares que se lanzan desde balsas situadas en el mar, a lo largo de los 4 kilómetros de playa. La noche se ilumina: todo el mundo va vestido de blanco. Más tranquila es la

playa de Leblon, separada de Ipanema por el Jardín de Alá, el canal que une el lago Rodrigo de Freitas con el mar.

MÁS ALLÁ DE LOS CLICHÉS

Pero Río es mucho más que este cliché estereotipado de fútbol, bellas mujeres y samba. Y vale la pena tomarse el tiempo suficiente para descubrirlo. Una vez aquí, no te cansas de recorrer una y mil veces Copacabana, Ipanema, Botafogo, Flamengo, Leme, Leblon, Lagoa o Cosme Velho, de donde sale el tren de Corcovado que lleva al Cristo Redentor. Lo mismo ocurre con los morros de Babilonia y Urca, con el teleférico que sube al Pan de Azúcar; y Barra da Tijuca, con el parque acuático Maria Lenk. Además del inmenso Jardín Botánico, la punta del Arpoador, la plaza de Cinelandia, O Carmo y San Bento, o la abadía benedictina de Montserrat. Y vuelves una y otra vez a tomar un rico café brasileño en la confitería Colombo, para descansar mientras observas las idas y venidas del personal.



SOBRE ESTAS LÍNEAS Rio Scenarium es el arrabal de la cultura, un museo de la noche de Río donde los grupos musicales rivalizan para arrancar a la gente a bailar

Día y noche hay griterío en la ciudad y en la playa, gente que canta *Garota de Ipanema*, la popular canción de Vinicius de Moraes y Tom Jobim... “*Olha que coisa mais linda, mais cheia de graça, É ela a menina que vem e que passa, Num doce balanço caminho do mar. Moça do corpo dourado, do sol de Ipanema O seu balançado é mais que um poema É a coisa mais linda que eu já vi passar...*” ¿Quién no la ha tarareado alguna vez?

Las madrugadas suelen acabar en el barrio bohemio de Lapa, con bares que compiten en música. Una parada imprescindible es Rio Scenarium, un local de tres pisos decorado como un abigarrado anticuario donde se puede comer *petiscos* y beber caipiriña mientras contemplas el espectáculo de música y baile.

Al final, la vida es viaje y Coelho nos ha acompañado en el de Río. Citando a Kavafis en *El Zahir*, recuerda: “Cuando emprendas tu viaje hacia Ítaca, debes rogar que el viaje sea largo, lleno de experiencias, no has de temer los monstruos que hallarás en tu ruta. Conserva siempre en tu alma la idea de Ítaca: llegar allí, he aquí tu destino”. **LP**

Nueve consejos para los lectores de ‘Lonely Planet’

Un hombre de mundo como **Paulo Coelho** nos desvela sus máximas a la hora de viajar

Hay una manera diferente de viajar, que para mí define perfectamente el espíritu de *Lonely Planet* y que Coelho nos permite sintetizar así:

1 Evita los museos Si estás en una ciudad extranjera, ¿no es mucho más interesante ir en busca del presente que del pasado? Los museos son importantes, pero exigen tiempo y objetividad, saber qué deseas ver o si vas a salir con la impresión de que has visto un montón de cosas fundamentales para tu vida pero que no recuerdas cuáles son.

2 Frecuenta los bares Allí es donde se manifiesta la vida de la ciudad. Bares donde la gente va, toma algo y está siempre dispuesta a entablar una conversación. Compra un

periódico y quédate contemplando el ir y venir del local. Si alguien inicia un tema, acepta la charla.

3 Estate disponible El mejor guía turístico es alguien que vive en el lugar y está orgulloso de su ciudad. Sal a la calle, elige con quién deseas conversar y pídele información (¿Dónde queda la catedral? ¿Dónde está el barrio viejo?).

4 Procura viajar solo o, como máximo, con tu pareja. Sólo de esta manera podrás realmente salir de tu país no obedeciendo a lo que manda el jefe del rebaño.

5 No compares Ni precios, ni limpieza, ni calidad de vida, ni medios de transporte, ¡nadá! No viajas para probar que vives mejor que los otros.

La búsqueda consiste en saber cómo viven allí, qué pueden enseñarte, cómo se enfrentan a la realidad y a lo extraordinario de la vida.

6 Entiende que todo el mundo te entiende Aunque no hables el idioma del lugar, no tengas miedo. Yo estuve en muchos lugares donde no había manera de comunicarme a través de las palabras y siempre terminé encontrando apoyo, orientación, sugerencias importantes e incluso aventuras amorosas. Basta con tener la tarjeta del hotel en el bolsillo y –en una situación extrema– tomar un taxi y mostrarla al chófer.

7 No compres mucho. Gasta el dinero en cosas que después no tengas que

cargar: buenas obras de teatro, restaurantes, paseos... Al fin y al cabo, en internet puedes comprar de todo sin pagar exceso de equipaje.

8 No intentes ver el mundo en un mes Más vale quedarse en una ciudad cuatro o cinco días que visitar cinco ciudades en una semana.

9 Un viaje es una aventura Henry Miller decía que es mucho más importante descubrir un rincón del que nadie oyó hablar, que otro con doscientos mil turistas alrededor. Déjate perder por las calles y callejuelas, siente la libertad de estar buscando algo que no sabes lo que es, pero que –con toda seguridad– encontrarás, y te cambiará la vida para siempre.